

REVISTA

PIEZAS

en diálogo filosofía y ciencias humanas



**RITA SEGATO: UN HORIZONTE
CIFRADO POR LA
VIOLENCIA DE GÉNERO**

Daniela Estefanía
Ayala Córdova

**LA REPRESENTACIÓN LOGOCÉNTRICA
Y EL CONCEPTO JURÍDICO DE
PERSONA**

Hilda Nely Lucano Ramírez

**¿CUÁL MUERTE ES DIGNA DEL
HOMBRE?**

Luis Armando Aguilar Salazar

RESEÑA

La idea de socialismo.
Una tentativa de actualización
Axel Honneth

**DESMONTAR EL MANDATO
DE MASCULINIDAD**

Rita Segato

\$80 pesos

Título: Piezas, en diálogo filosofía y ciencias humanas
Editor: Jaime Torres Guillén.
Editorial: INSTITUTO DE FILOSOFÍA A.C.
ISSN: 1870-7041
Época: II Época
Volumen: X
Número: 28
Año: 2019
Periodicidad: Semestral
Encabezamientos de materia: 1. Filosofía. 2. Ciencias Sociales. 3. Educación. 4. Teología. 5. Cultura.

REVISTA

PIEZAS

en diálogo filosofía y ciencias humanas

Camino Real a Colima 5160, Col. Balcones de Santa María, Tlaquepaque, Jalisco. Teléfonos y fax: 01 +52 01 (33) 3631 0934
www.if.edu.mx

PIEZAS en diálogo filosofía y ciencias humanas
Revista semestral de filosofía
revista.piezas@if.edu.mx

Impreso en los talleres de Prometeo Editores S.A. de C.V. Libertad #1457, Colonia Americana, C.P. 44160, Guadalajara Jalisco.

ISSN 1870-7041

Reserva de derechos al uso exclusivo del título Piezas núm. 04-2014-020611112800-102
Certificado de Licitud de Título 13577
Certificado de Licitud de Contenido 11150

Derechos reservados del autor:

Los documentos de esta publicación pueden ser reproducidos total o parcialmente, siempre y cuando sean utilizados con fines académicos y se cite la fuente.

Piezas, en diálogo filosofía y ciencias humanas, es una publicación del Instituto de Filosofía A.C. (Tlaquepaque, Jalisco, México), con una periodicidad semestral, dedicada principalmente a la filosofía y ciencias humanas articulando en estas disciplinas la esperanza cristiana y la preocupación social. El público al que va dirigido esta revista es aquel interesado en estos campos.

Correspondencia y canje
torresguillen@hotmail.com

Suscripciones: revista.piezas@if.edu.mx



Fotografía de la portada: Rita Segato

DIRECTORIO

INSTITUTO DE FILOSOFÍA, A.C.

Rector	Luis Felipe Reyes Magaña, MSPS.
Decano de Estudios	Eusebio Hernández Mendoza, OFM. Cap.
Secretario Académico	Rafael Rivadeneyra Fentanes

REVISTA PIEZAS, EN DIÁLOGO FILOSOFÍA Y CIENCIAS HUMANAS

Editor y Director	Jaime Torres Guillén
Consejo Editorial	Elba Noemí Gómez Gómez Héctor D. León Jiménez Luis Armando Aguilar Sahagún Luis Fernando Suárez Cázares Rafael Rivadeneyra Fentanes

CONSEJO ACADÉMICO ASESOR

IIF UNAM	Mauricio Beuchot Puente
UAM-Iztapalapa	Gabriel Vargas Lozano
ITESO	Humberto Orozco Barba
IIS UNAM	Fernando M. González
UIC	Tomás Almorín Oropa
UDG	Elisa Cárdenas Ayala
U. de Pernambuco, Brasil	Paulo Henrique Martins
CEICH UNAM	Jorge Cadena-Roa
U. de Buenos Aires, Argentina	Alberto Bialakowsky
Dept. de Estudios Políticos-UDG	Jaime A. Preciado Coronado
CIALC UNAM	Lucío Fernando Oliver Costilla
U. Complutense de Madrid	Marcos Roitman Rosenmann
UAEM	Israel Covarrubias González
UAQ	Stefan Josef Gandler
Inst. Cultural Juan Marinello, La Habana Cuba	Rodrigo Espina Prieto
CIESAS-Occidente	Jorge Alonso Sánchez

Diseño y Diagramación por Francisco Tapia Velázquez

ÍNDICE

DOSSIER

Rita Segato: un horizonte cifrado por la violencia de género, la colonialidad y el poder
Daniela Estefanía Ayala Córdova

4

CONFERENCIA

Desmontar el mandato de masculinidad
Rita Segato

16



ESCENARIOS

La representación logozoocéntrica y el concepto jurídico de persona
Hilda Nely Lucano Ramírez

22



Desafíos pastorales a partir de la Encíclica Humanae Vitae
Ricardo Páez Moreno

34



ENSAYOS

¿Cuál muerte es digna del hombre?
Luis Armando Aguilar Sahagún

43



Consideraciones en torno al vacío y la inexistencia del aquí y el ahora

Héctor Sevilla Godínez

48



Filoctetes y la disolución del principio de individuación como pauta de posibilidad de la experiencia trágica en el drama antiguo
Enriqueta Benítez López y Rommel Navarro Medrano

58



Kierkegaard, el alma vertida en formas
Armando Aguilar A.

65

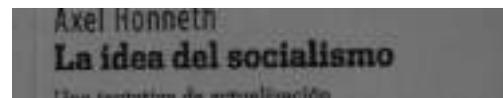


RESEÑAS

Axel Honneth: *La idea de socialismo. Una tentativa de actualización*

Jaime Torres Guillén

76



Ronald Dworkin: *Religión sin Dios*

Luis Gabriel Mateo Mejía

88



Recibido:

16 de enero de 2019

Aceptado:

05 de mayo de 2019

CONSIDERACIONES EN TORNO AL VACÍO Y LA INEXISTENCIA DEL AQUÍ Y EL AHORA

HÉCTOR SEVILLA GODÍNEZ*

* Doctor en Filosofía, miembro de la Asociación Filosófica de México y de la Asociación Transpersonal Iberoamericana. Forma parte del Sistema Nacional de Investigadores del CONACYT. Es profesor e investigador del Centro Universitario de los Valles, de la Universidad de Guadalajara.

Resumen: Se procederá inicialmente con algunas aseveraciones respecto a la utilidad posible de las cosas y los sucesos, incluso de aquellos que podrían parecer innecesarios. Posteriormente, el texto abordará los significados de la vivencia del vacío, así como la relación de este con la trascendencia, incluso asociándolo con los conceptos de soledad y plenitud. La última parte alude una triple crítica a la idea del aquí y el ahora, refiriendo argumentos concretos para considerar la vacuidad de tales nociones.

Palabras clave: vacío, aquí y ahora, soledad, utilidad, sentido.

Abstract: The article begins with some assertions about the possible utility of things and events, even those that might seem unnecessary. Later the text will address the meanings of the experience of emptiness, as well as the relationship of emptiness with transcendence, loneliness and fullness. The last part refers to a triple critique of the notion of “here and now”, referring concrete arguments to consider the vacuity of those ideas.

Key concepts: vacuity, here and now, loneliness, utility, meaning.

1. El valor de lo existente

En la historia del pensamiento occidental ha solido considerar al vacío, la ausencia de sentido, la carencia de motivación, la falta de claridad o la ignorancia como aspectos desagradables que deben evitarse a toda costa. No obstante, enseguida se propondrán algunos aspectos para la confrontación de tal postura.

Casi ninguna persona estaría de acuerdo en que una navaja sea “mala”, que deba evitarse la producción de las mismas o que se prohíba venderlas. Obviamente, una

navaja puede causar daño dependiendo de su uso, pero adecuadamente utilizada se vuelve una herramienta a la que difícilmente se puede renunciar en ocasiones específicas. Del mismo modo, no podemos desestimar el valor de unas tijeras, un taladro, una sierra o un bisturí. En otra dirección, podríamos considerar el valor del veneno. Si bien es usado para eliminar insectos, también puede ser empleado de tal modo que termine siendo dañino para alguna persona. Solo en tales casos será perjudicial.

Asimismo, hay quien piensa que internet es algo que debe prohibirse; pero se trata de una herramienta de alto beneficio en forma proporcional al uso o a la intención con que se utiliza. Más que prohibir, lo inteligente es proveer la información para que su utilización pueda ser mayormente benéfica. De tal modo, queda asentado que muchas de las herramientas materiales que son útiles podrían ser perjudiciales dependiendo del uso. ¿Podríamos considerar los mismos parámetros en nuestra idea del vacío? Desde luego. El vacío puede ser un punto de partida útil o el inicio de la autodestrucción y la incongruencia, según se lo viva o experimente.

Desgraciadamente, no se nos ha enseñado a tratar o “lidiar” con el vacío, tal como se nos ha enseñado a utilizar una sierra o una navaja. El camino común es desacreditar las experiencias de vacío como si nada benéfico pudiera obtenerse de ellas. Al dejar fuera al vacío nos sustraemos de mucho. Es común encontrarse con quien consuela a un doliente diciéndole “no llores”; con quien alienta a las personas pidiéndoles que “no se sientan mal”; con quien motiva a cualquiera que vive momentos de duda asegurando que son “la mejor persona en el mundo”. En vez de invitar a evitar el llanto, podríamos esperar alternativas que surjan de entre el goteo de las lágrimas; antes que solicitar evitar la tristeza, cabría entenderla como un motivador que impulsa a la búsqueda de lo que se desea o al replanteamiento de los deseos; contrario a considerarnos lo mejor que ha llegado al mundo, podemos entendernos como miembros operativos de una realidad superior a nuestra precariedad y partícipes de un sistema mayor a nuestros egoísmos y afanes.

Los hay quienes consideran que hay cosas en el mundo de las que no se puede obtener ninguna utilidad. Recuerdo a quien afirmaba que los virus eran la evidencia

de entes que no ofrecen ningún beneficio, olvidando que de algunos de ellos se desprenden las vacunas, por ejemplo. Otro más refirió la inoperancia de la ignorancia y la necesidad de combatirla con una cruzada por la educación, sin darse cuenta de que su mismo apasionamiento educativo tenía como punto de partida combatir aquello que él mismo suponía prescindible. Del mismo modo, recuerdo haber escuchado la afirmación de que la religión es siempre improductiva y perjudicial. No considero que eso sea sostenible, a menos que se crea que no se pueden gestar nuevas posibilidades de espiritualidad a partir de las crisis religiosas o que a través de las controversias contra algunos credos no se propician nuevas convicciones. Cualquier creencia requiere de un punto de partida contrario para poder impulsarse. Incluso si el lector considera que las guerras no han sido provechosas en ningún sentido, podría dirigir su mirada al aprendizaje que el dolor derivado de ellas ha ofrecido a los humanos. En ese sentido, el estudio de la historia (a partir de fuentes fidedignas) aporta elementos fundamentales para dar sentido al dolor de los que nos antecedieron en el mundo. Las crisis o recesiones pueden ser útiles si llevan a un despertar comunitario que impulse a los miembros de un grupo a exigir que sus dirigentes ofrezcan un mejor camino de desarrollo.

Las carencias han sido útiles en las experiencias de vida de muchas personas, las han enriquecido en la medida en que derivan distintos lineamientos o caminos factibles de ser recorridos. La precariedad puede ofrecer perspectivas distintas de la vida y orienta al individuo que la vive a enfatizar en situaciones que considere oportunas. Quien ha estado profundamente enfermo sabe que la vida es frágil y a partir de ahí puede orientar su existencia hacia caminos más productivos y benéficos. Muchos han otorgado un nuevo signi-

ficado a su vida a partir de las rupturas amorosas, el término de sus relaciones o la experiencia de ser defraudados; otros, ciertamente, han encontrado en ello el declive de sus días. Pero no es la situación lo que genera esas consecuencias, sino la experiencia del vacío que nos permitimos vivir ante ellas. El vacío debe ser vivido para poder ser significado en forma adecuada; pero es desaprovechado cuando se le niega al intentar llenarlo.

Con todo esto, no se propone adoptar la idea de que “no hay mal que por bien no venga”, pero lo que sí se afirma es que todo aquello que existe puede tener una utilidad en función de la manera en que sea comprendido.

2. La vivencia del vacío y la trascendencia

La presencia del vacío en nuestra vida no supone por añadidura su asimilación o su adecuada concepción. No hay manera de evitar el vacío, lo que sí es posible es aprovecharlo para nuestra comprensión del mundo.

La vivencia del vacío no es una consecuencia automática de su presencia en nuestra vida. Es oportuna la significación adecuada que conlleve un crecimiento en los momentos en que el vacío acontece. No es un proceso sencillo, supone una especie de aniquilación de lo previo. Para llenarnos de algo nuevo es necesario expulsar lo que ocupa demasiado espacio. Las vivencias antecedentes no deben desperdiciarse, nos podemos alimentar de ellas.

A diferencia de la oruga que se convierte una sola vez en mariposa, los humanos pasamos por distintos procesos de cambio que pueden ser favorecidos si no negamos la experiencia del vacío. De hecho, tal experiencia, una vez captada, supondría que estamos listos para ejercer un cambio, permitirlo, dejarlo estar. Por ello es tan trascendente que todo lo que llevemos a nuestro cuerpo y a nuestra mente

posea una calidad de tal suficiencia que nos permita subsistir a pesar del encierro y a través de él.

Cuando se utiliza el término trascendencia, usualmente se entiende que refiere a un ir más allá de algo. Aquello sobre lo cual se debe ir más allá es la cuestión fundamental sobre la cual se asienta el significado que cada uno forje sobre lo que implica trascender.

Trascender lo racional

Se podría decir que se deben trascender las costumbres de un determinado grupo para entonces poder liberarse de él; pero al mismo tiempo, algún miembro de ese mismo grupo puede pensar que lo que debe trascenderse es el afán egoísta de superar o separarse del grupo. Otro más podría decir que lo que debe trascenderse es la idea misma de la posibilidad de la liberación o, incluso, trascender toda posibilidad de trascendencias, aunque eso mismo sea contradictorio.

En términos más sencillos, una mujer contemporánea puede mencionar que ha trascendido la necesidad de tener hijos, pero otra podría referirle que no ha trascendido su egocentrismo y que por ello no desea ser madre; también podría advertirse que la última no ha trascendido la idea de que el egocentrismo es enemigo de la maternidad. Siendo así, como puede verse, la idea sobre la trascendencia no solo define una palabra, sino la vivencia que sobre la trascendencia misma se tenga. Por tanto, no entiendo la trascendencia como sinónimo de estar por encima de algo tangible, sino como un proceso que supone ubicarse en una etapa diferente, donde un estadio previo ya ha sido dejado atrás.

En Occidente, la relación usual entre el vacío y la trascendencia consiste en que debe evitarse el primero para que lo segundo sea posible. De hecho, cuando a



una persona se le observa en proceso de trascendencia se la suele vincular con la plenitud que le produce la satisfacción de sus necesidades, como proponía Abraham Maslow, o con la realización plena de sí, bajo las lógicas llenas de relieves armoniosos y condescendientes que proponen algunos humanistas seguidores (parciales) del psicólogo estadounidense referido. Todo lo contrario, el vacío no necesariamente es un obstáculo para el logro de la trascendencia, sino más bien una de sus pautas u orígenes. Esto último que advierto no es novedoso, pues es sabido que lo más importante en el Zen es caer en la cuenta del vacío. El *shuniata* es el centro del Zen y representa una plenitud que guarda una considerable relación con la contemplación que proponía Juan de la Cruz, místico español, al referir la noche oscura. Para entrar en contacto con lo Absoluto se requiere de una mente vaciada, es decir, una mente que se ha trascendido a sí misma.

Por ello, el vacío que se propone en el misticismo oriental no se asemeja ni vincula con una ascesis maniquea o masoquista en la que lo espiritual se relaciona con el sufrimiento físico o la privación de placeres. De hecho, la propuesta apofántica (de *apo* = sin, y *phatis* = palabra o lenguaje) de Oriente no otorga valor a las ideas, imágenes, símbolos y representaciones que se acuñan para el desarrollo interior del espíritu, sino que se orienta hacia el vacío de la conciencia y propone su limpieza de todo contenido imaginario o conceptual.

La importancia de la meditación radica en que con ella se logra nulificar el empeño que la mente racional invierte en dominar e intentar controlar la realidad. La meditación es un proceso hacia la trascendencia del propio pensamiento; en ella se facilita el acceso al vacío. Asimismo, la meditación ha de ser contemplativa, debe centrarse en vaciar a la conciencia de la actividad protagonista y dirigente (controladora) del yo.

Foto: Igor Spasic, 2016.

La trascendencia no es una meta sino un eslabón del proceso del vaciarse de todos los contenidos concretos, sensitivos, imaginativos, volitivos y afectivos. Para lograr el vacío se requiere de la trascendencia y no a la inversa. Por ningún motivo, como suele sugerirse, se debe evitar el vacío.

El vacío en Occidente y en Oriente

Con lo anteriormente referido es posible observar una diferencia cultural entre Oriente y Occidente, al menos en su concepción del vacío. Basta recordar que en Japón se considera a lo vacío como algo puro, limpio y transparente; por el contrario, a lo lleno se le entiende como algo sucio, saturado de impurezas. El vacío no se observa como algo negativo, sino como la alternativa de estar libre de condicionamientos y apegos. En esta tonalidad, es sugerentemente cómico el discurso de algunos individuos que refieren sentirse vacíos, afirmándolo como algo desagradable o contra lo que quieren luchar. Si realmente estuvieran vacíos, en el sentido amplio y místico de la cuestión, tendríamos que felicitarlos al escucharlos. Sin embargo, lo que realmente refieren estas personas es estar aburridas, no vacías. No hay un vacío fecundo y productivo sin ejercicio contemplativo. Las recurrentes referencias a las sensaciones de vacío no son más que malestares producidos por la monotonía o la desconexión producida por realizar actividades que no se han elegido realmente a profundidad o con conciencia.

La resignificación del vacío y su avance en la ruta de una consideración más aceptable del mismo es una pauta para la estructuración de una vida mayormente mística. El Vacío es el Absoluto al cual han de regresar todas las cosas y desde el cual emergen. El vacío fecundo en la vida cotidiana se logra paulatinamente con el desprendimiento, la ausencia del apego y

la ruptura con las ataduras convencionales, pero no en la destrucción de todo ello. Es difícil ser un humano sin necesidades, pero es posible no estar centrado en ellas todo el tiempo; no es posible vivir sin pensar, pero puede restarse protagonismo a nuestro pensamiento; no hay manera de evitar la interpretación (entendiendo a la hermenéutica como un acto natural), pero es menester que evitemos la categorización de los propios juicios como verdades irrefutables; no hay manera de dejar de desear, pero hay formas de evitar que nuestra vida se convierta en un camino fatigoso hacia la consecución de todos los deseos.

No concibo una manera de dejar de ser yo, pero me es posible intuir que yo no soy lo que pienso de mí; no aspiro a la inmortalidad, pero imagino formas de concebir a la muerte como un modo de vida; no esperaré existir sin representaciones de la realidad, pero me es factible significar a mis representaciones como ficciones necesarias. Por todo lo anterior, el vacío derivado del desalojo de las pretensiones no es la aniquilación de los sentimientos, los pensamientos, las intuiciones y las intenciones del hombre, sino su purificación.

3. Vacuidad, soledad y plenitud

En la sección anterior referí a la meditación como pauta de la trascendencia y encaminamiento hacia el vacío. Para que tal meditación sea posible y fructífera es requerido cierto aislamiento. Sin embargo, la experiencia de la soledad a la que conlleva la actitud de aislarse suele ser temida. La soledad no es real, o no es vivida completamente, si está acompañada de ruido, de distracciones o de pensamientos que quedan anclados en los acontecimientos del pasado. Además de la soledad, el silencio otorga elementos imprescindibles para la audición de la plenitud.

El ejercicio de aislarse no garantiza por sí mismo la vacuidad necesaria que conlleva a la plenitud. Este es uno de los puntos que suelen ocasionar más problemas a los interesados en las cuestiones místicas. La renuencia a la meditación por los requerimientos que le anteceden es uno de los factores que alejan al humano contemporáneo de la vacuidad fecunda. Algunos no se permiten la contemplación por el supuesto de que implica perder tiempo. Aquellos que tienen más fastidio al silencio y a la quietud son habitados por la ansiedad ante sí mismos, temen dejarse vaciar del todo y se cierran a la experiencia trascendente que eso les proporcionaría. No han sabido reconocer que lo Absoluto se comunica con toda su intensidad a través del silencioso fondo que no quieren descubrir en ellos.

Las personas solemos buscar respuestas, pero no silenciarnos nuestras intrépidas preguntas después de hacerlas. Deseamos que la respuesta llegue y no permitimos el silencio necesario. Más aún, no nos damos cuenta de que la respuesta está dispuesta a ser escuchada, la ahogamos con la expectativa de que se muestre del modo en que suponemos que lo hará. Cuando permitimos el silencio nos damos cuenta de que no todo son sonidos y de que existen respuestas que se escuchan fuera del plano de lo auditivo. Esto no significa que el universo responda, sino que el universo es la respuesta. Los seres humanos no hacemos preguntas, somos la pregunta. Cuando la pregunta que somos se permita ser expresada habrá capacidad para captar la respuesta. El mismo hecho de preguntar es una especie de respuesta sobre lo que somos, todos y cada uno. Las preguntas pierden sentido sin el silencio necesario, pues no pueden ser respondidas o, mejor, no se escucha la respuesta ya existente.

Del mismo modo en que solemos temer al silencio que nos conduce a la

meditación, tememos a la quietud. Tan acostumbrados estamos al vaivén del mundo contemporáneo que interpretamos, casi automáticamente, que la quietud es sinónimo de parálisis. Nos equivocamos. La quietud se logra tras el suficiente movimiento que la concentración exige. Trabajar sobre las propias distracciones, hacerse consciente de ellas, es ya un movimiento necesario. Queremos estar siempre en acción, sin comprender que la quietud es producto de nuestra propia energía. Por ello, concebir al vacío como algo a lo que se debe enfrentar y no como una oportunidad que promueve la plenitud es un error común de nuestra época. Se teme al vacío sin comprender que en él podría encontrarse la respuesta que se busca inadecuadamente en cualquier individuo con apariencia de gurú o en fanfarrones que suelen promoverse con elaboradas persuasiones mediáticas. Seguimos esperando que la respuesta llegue de afuera, de otro que cree que la tiene.

La plenitud derivada de la meditación que dirige a la vacuidad es una plenitud desprovista de luces y reflectores. Estando ahí, son estorbosos los pensamientos elaborados, no se razona sobre algo, sino que se contempla en la oscuridad. Son instantes en los que reina una tranquilidad fortificante y llena de energía, suceden movimientos internos sin alterar la posición del cuerpo. Aparentemente, es un estado onírico en el que no hay distinciones y todo se configura de la misma manera. Ahí existe una presunta oscuridad, pero es una oscuridad de la que surge la luz sin destruir la tiniebla. Cuando la visión logra purificarse, la luz puede encontrarse en la oscuridad y a la inversa, ya no hay tales distinciones. Del mismo modo, en la bondad se encuentra la imperfección y se observa la confusión de la maldad, todo se vuelve una línea que une a las partes. El hombre y la mujer son vistos como conte-



Foto: Tuncay,
2014.

nedores de lo Absoluto. La meditación tiene una virtualidad purificadora cuando no busca respuestas, sino que permite el silencio desde el cual la respuesta se hace oír. Cuanto mayor es la oscuridad y el vacío, mayores serán sus efectos restauradores, lo cual está en sintonía con el *zanmai* del Zen. Semejantes logros solo son posibles luego de perseverancia, paciencia y constancia. Tales cualidades difieren de lo cambiante, impaciente, parcial y vertiginoso que suele ser el individuo común, distraído por lo que se le presenta en los medios de comunicación y los convencionalismos sociales, pretencioso con lo que sabe e ignorante de su propia ignorancia.

4. El engaño del aquí y el ahora

Durante mucho tiempo se ha creído que una de las evidencias que muestran el amplio criterio, la rectitud y la iluminación de las personas, consiste en poder vivir el

aquí y el ahora. Esto suele entenderse como estar en el lugar preciso en el que se está (sin querer estar en otro sitio) y vivir el tiempo concreto en el que la conciencia se hace cargo de eso mismo. Naturalmente, la atracción de tal propuesta es apabullante. Por un lado, nos permite desentendernos de un futuro que aún no llega y también nos favorece al aceptar lo que la circunstancia situacional nos brinda. Estar fuera de concentración o dejar de lado la atención de estos dos elementos sería caer en el vacío, en la discordancia con el sitio donde se está y el momento en que se es. Esa es la idea general sobre ese tópico. Sin embargo, expondré enseguida algunos de los motivos por los que es oportuno vaciarse adecuadamente de la idea del aquí y el ahora.

La polivocidad del momento presente

Consideremos la posibilidad de que el presente no sea unívoco. Es decir, ahora

mismo están sucediendo muchas cosas a nuestro alrededor sin que nos demos cuenta; el presente, como conciencia de lo que sucede, es diferente en cada persona. Cada ahora es distinto para cada persona de acuerdo con lo que son sus circunstancias conscientes. Esa última palabra es fundamental puesto que no somos conscientes de todo lo que sucede en el presente a nuestro alrededor y, por tanto, el ahora que concebimos nunca es realmente el ahora. Son cuestiones muy diferentes el ahora y mis ideas sobre el momento presente que estoy viviendo. Mi ahora es múltiple, no unívoco. Percibo del ahora una porción muy limitada, solo la que penetra en mi conciencia y, la mayoría de las veces, muy a la propia conveniencia. Esto significa que el ahora que es percibido no es en realidad el momento presente.

Más aún, casi todos los referentes del ahora (o que actualmente utilizamos) tienen su epicentro en el pasado. Usamos ahora un lenguaje que no aprendimos ahora, nos referimos a nosotros con una imagen personal que no hemos forjado, ni recibido, ni aprendido ahora. Tampoco sucedieron ahora nuestras secuencias sobre el proceso de nuestra vida, pues siempre que decimos “ahora estoy mejor”, lo hacemos en comparación con algo que no estamos siendo ahora. Por si fuera poco, el ahora que concebimos, en la ingenua suposición de que es como lo hemos construido, es un producto psicológico de acuerdo con las necesidades, anhelos, supuestos y lazos que tenemos con el mundo exterior. El criterio desde el cual ejecutamos la interpretación sobre el éxito de nuestra propia vida (o presente) nunca está situado en lo actual y no es realmente nuestro.

¿De qué cosas tan limitadas o de qué porción tan apocada de cosas se puede ser consciente? ¿Realmente es eso lo que constituye el ahora? ¿Se acepta que con

esa descripción se asume que después de ahora ya no se será consciente? ¿Es el ahora un instante que huye de nuestra presencia cuando apenas lo concebimos o es algo que permanece lo suficiente como para darnos cuenta? ¿En caso de lo segundo seguiría siendo el ahora?

Cualquier percepción sobre la propia felicidad no se dilucida por algo que está sucediendo en el momento preciso en que se afirma, sino en función de un objeto que no está presente en el momento en el que genera esa sensación. Pero, aun así, el ahora no puede ser reducido a lo que sentimos en el momento en que estamos diciendo algo. Y aunque así fuese, eso solo sería la descripción concreta y específica de un solo individuo sobre su momento actual, no es un ahora en el estricto sentido.

La imposibilidad de un ahora lineal

Además de considerar la imposibilidad de referir un ahora unívoco, es importante aceptar lo remoto de un ahora lineal. Lo anterior significa que el tiempo no es necesariamente como lo concebimos, sino que es solo nuestra representación del movimiento de acuerdo con las capacidades de captación de las que hemos sido provistos o que la evolución nos ha permitido desarrollar hasta ahora. Pero ¿qué tal si el tiempo no tiene forma de una línea, sino que contiene posibilidades diferentes? Hemos sido educados para percibir el tiempo como una especie de recta numérica en la que hay pasado, presente y futuro. Normalmente, el cero está posicionado justo en medio de las rectas numéricas, entre los números que llamamos negativos y positivos. ¿Dónde se posicionan a sí mismos los entes evolucionados del *homo sapiens*? ¡En el cero! ¡Justo el punto principal donde podríamos seguir siendo protagonistas! Es iluso pensar (y creerlo) que el ahora, el punto desde el cual todo es pasa-

do y futuro, depende del sitio del supuesto ahora en el que estamos depositados. El asunto no termina ahí, pues la triple temporalidad solo es posible en el tiempo lineal al estilo de la recta numérica. ¿Seremos capaces de vaciarnos de la consideración del tiempo lineal?

En nuestra reducida comprensión convencional, percibimos solo una parte del tiempo y es por ello que el iluso ahora del que nos jactamos de poseer no es más que una quimera. Por ello, si lanzamos una piedra por la ventana, puede no caer en el piso, como nos lo diría el sentido común. Podría ser que choque con una de las paredes del edificio y se destruya en varios trozos en su viaje al suelo, o bien, podría suceder que un individuo en un piso inferior del edificio abra la ventana para admirar el bello día y reciba con regocijo a la piedra en su cráneo, que exista un techo prominente en el primer piso del edificio y evite la caída de la piedra o varias posibilidades más. También puede suceder que, simplemente, la piedra nunca haya sido lanzada y que estuviéramos visualizando solo la imaginación de un pobre hombre que temió aventar la piedra que ahora lo acompañará bajo la almohada. O quizá ya sucedió y solo lo recordamos tan vívidamente que suponemos que es el ahora. Creemos que vivimos en la cara presente del poliedro y que avanzamos linealmente hacia delante (como si el atrás o adelante fueran siempre tan claros). La cara que vemos tiene su cara opuesta que sigue latente. Las decisiones que no tomamos en el pasado (un viaje, un puesto laboral, un romance o una elección cualquiera) están latentes en una arista del futuro o del pasado, o del intervalo entre esos como posibilidad.

El afán por dominar el tiempo y mantenerlo en ese constante ahora del que tanto nos alegramos de pertenecer no es más que soberbia. Consideramos que somos

equilibristas que van en la cuerda del tiempo y que el cero está siempre bajo nuestros pies. ¿Realmente avanzamos o solo está corriendo el tiempo? Algunas personas refieren que su camino de vida es ahora mejor que ayer o que hoy han superado muchas cosas que antes no veían, pero ¿acaso hoy pueden verlo todo con claridad? ¿Su próximo y posterior ahora será igualmente optimista? ¿Se están engañando en su actual presente en el que se sienten dichosos sin conocer su eventual dicha futura? No avanzamos, estamos envueltos en un espacio-tiempo no lineal. El tiempo tiene muchas caras, hay pasados que desde otra arista del tiempo no han sucedido aún y futuros que no son un futuro hoy. ¿Dónde está lo que elegimos no vivir? ¿Realmente dejó de existir o está en una cara del poliedro? ¿Es cierto que nos ubicamos en una sola cara o estamos habitando una cara que aún no sucede y que ya queremos vivir? ¿Hay un solo futuro o están ahí varias posibilidades latentes del mismo? El tiempo ha sido dividido en hoy, ayer y mañana, pero eso solo alude a la línea del tiempo convencional que solemos comprender desde una apuesta exclusivamente longitudinal.

La necesaria corporeidad del aquí

El aquí es un término que supone muchas controversias. Pues el aquí que concebimos solo es posible si nuestra conciencia está siempre ubicada en la corporeidad. Anteriormente referí la importancia de la meditación y no mencioné que es en tal experiencia donde la conciencia trasciende lo que hemos entendido por el aquí. Nuestra posición en el mundo es siempre móvil. Nada es estático y nuestro aquí es tan ficticio como la suposición de que la Tierra es el centro del universo.

Se me podrá preguntar: ¿tienes manera de negar que ahora estás aquí? En parte, sí. Estoy en el sitio que mi cuerpo ocupa y estoy

en muchos lados como posibilidad o en otras formas. ¿Dónde estaré en el ahora del sujeto que lea esto cuando yo esté muerto? ¿Hay un *aquí* donde pueda estar o eso es posible solo mientras el cuerpo exista? ¿Dónde están los que han muerto? ¿Realmente no están aquí o es que su *aquí* ya no se delimita por su cuerpo? Cuando el espacio deja de ser perceptible por los sentidos y se vuelve multidimensional, el *aquí* no es más que una familiar manera de tranquilizarnos.

Nuestra necesidad de comprender la dimensión espacio-temporal, por medio del *aquí* y el *ahora*, nace precisamente del miedo al vacío y al descontrol que tal nos produciría si alteramos nuestro esquemático orden de las cosas y los eventos. El *aquí* y el *ahora* son constantemente, siempre es el *aquí* y el *ahora* desde el parámetro común y nunca lo es desde la lógica expuesta. Hace diez años yo tenía un *aquí* y *ahora* al igual que hoy. Lo que es distinto son las circunstancias de eso; así que hablemos de hacernos conscientes de algunas de las circunstancias que nos rodean, no de un *aquí* y *ahora*. En realidad, nos es difícil concebir otra forma de entender el tiempo que no sea la lineal y, para muchos, la sola consideración de otras posibilidades genera vértigo. La vacuidad en la cual flotamos es evadida con nuestros controles espaciotemporales. Sin embargo, en esta concepción de las cosas, la vida misma no tendría que terminar con la muerte. El vacío no supone, al menos en ese caso, una terminación, sino una ampliación de posibilidades

Conclusión

El valor de lo existente no se encuentra en la inmediatez, sino en la forma en que nos relacionamos a ello, pues a partir de lo que podría parecer algo desagradable, inútil e incluso dañino es posible propiciar beneficio o satisfacción.

Probablemente, una de las vivencias que más inoperante o inservible se ha creído cotidianamente es la del vacío. No obstante, una adecuada vivencia del vacío podría incluso apuntar a distintas consideraciones sobre lo que es la trascendencia o aquello a lo que queremos trascender.

Desde el punto de vista de la vacuidad, ni siquiera la soledad implica alejamiento de la plenitud. En ese sentido, si bien suele invitarse a la vivencia exclusiva del *aquí* y el *ahora*, como una manera de entender aquello a lo que llamamos realidad, también conviene intuir que el *aquí* no es el único sitio, ni el *ahora* el único momento. La perspectiva de la complejidad es mucho más amplia que un momento concreto y un lugar específico. Somos combinación de momentos y de espacios en los que hemos estado, la polivalencia es concreta, pero nunca limitada. Condicionar la mirada a la exclusiva subjetividad del instante equivale a acortar los alcances de nuestra perspectiva. En este sentido, como en tantos otros, ubicar la vacuidad de tales nociones conduce a globalizar nuestro propio espectro filosófico.

Sugerencias de lectura:

- Eckhart, Meister. *El fruto de la nada y otros ensayos*. Madrid: Alianza, 2011.
 Nishitani, Keiji. *La religión y la nada*. Madrid: Siruela, 2003.
 Sevilla, Héctor. *Apología del Vacío*. Ciudad de México: Colofón, 2016.